

JIMMY SMITH

El pianista que ha hecho del órgano un instrumento rey

Por Leonard Feather

Viendo a Jimmy Smith, sentado en una banqueta de piano, escuchando su último disco de larga duración, se le tomaría más bien por un boxeador que por el más grande organista de jazz del mundo. Pero observándole en su trabajo, por la noche, inclinado sobre el órgano, sus manos moviéndose con una velocidad increíble, se le reconoce por lo que es: un músico inspirado, poseído por su arte.

Si fuese necesario establecer un paralelo —yo lo dudo— podría llamarse a Jimmy Smith, el Bud Powell del órgano. La comparación no sería de ningún modo arbitraria: el lugar don-

de nació, Morristown, Pensilvania, se encuentra a pocos kilómetros de la residencia de la familia Powell, en Willow Grove. «He conocido muy bien a Bud y a su hermano, dice. Con frecuencia jugaba a cow-boys con Richie. Iba a su casa todos los días y Bud se burlaba de Richie y de mí, diciendo que no podría hacerse nada con nosotros. Pero veía en mí más posibilidades que en su hermano, porque éste no terminaba nunca nada, pues por mi parte, al menos deseaba aprender. Yo observaba a Bud, el juego de sus manos, y me maravillaba de su manera de atacar única».

Como pianista, Jimmy ha creado una técnica de ataque sumamente remarkable, que se ha perdido en el curso de lamentables jiras de «rhythm and blues» que le han ocupado durante los diez primeros años de su carrera.

Inició sus actividades como organista en 1955, cuando tenía veintiocho años. «Dejé la orquesta en que trabajaba, explica, y una vez libre me encontré a mí mismo, sin ninguna esperanza en el camino del piano. Traté de que me enseñasen a tocar el órgano pero aquellos a quienes me dirigí no disponían de tiempo o bien debían ausentarse. Entonces aprendí solo».

El autodidactismo de Jimmy constituye un ejemplo impresionante de perseverancia. «Llegué a un acuerdo con un estudio de Filadelfia en el que vendían órganos, recuerda, y me permitieron ejercitarme a un dólar la hora. Finalmente, conseguí el dinero suficiente para pagar la mitad del precio de mi órgano personal. Este era un Hammond modelo B-2, que valía alrededor de 3.600 dólares. Ahora, tengo un B 3, con cuatro resortes suplementarios de percusión.

«En una palabra, cuando por fin tuve mi órgano lo llevé a un guarda muebles y en una gran hoja de papel dibujé el plano de los pedales, igual como se hace un diagrama para un vibráfono. Cada vez que quería comprobar las distancias y saber donde poner el pie, miraba mi cuadro. Pagué cinco dólares al guardián para que me dejase pasar tres horas cada día en el fondo del almacén guarda muebles: no había otro sitio donde pudiese llevar mi instrumento en la vecindad.

En ocasiones permanecía allí todo el día cuando hacía un descubrimiento, o tenía nuevas ideas explorando nuevas formas. Vivía en el hotel «Broad and Poplar», en Filadelfia. Llevaba mi desayuno y almuerzo al guarda muebles y allí me quedaba hasta el momento en que me parecía haber aprovechado bien el día.

«No basta sentarse al órgano y tocar, con el pretexto de conocer el piano. Debe obtenerse un buen fondo, exactamente como si se estuviese acompañado por un contrabajista.



Jimmy Smith

Foto Frances Wolfe

Pasa a la página 7